

Queridos docentes, familiares, amigos, compañeros claustrofóbicos hermanos del aula y de la vida,

¡Qué bueno es reencontrarnos! Estar aquí reunidos, celebrar que han pasado 25 años de habernos recibido de bachilleres en este Colegio. En realidad, eso de celebrar los 25 años de la promoción es una excusa. Una excusa que nos permite reencontrarnos con gente querida. Una excusa, porque en muchos casos –y el nuestro lo es- la vida nos va llevando por diferentes caminos, algunos turbulentos y duros, otros más alegres y calmos: senderos que se bifurcan y nos alejan. A nosotros nos pasa. Por eso esta reunión es una gran excusa. Una excusa maravillosa que nos permite sentirnos vivos y decir con palabras de Miguel Hernández: “Porque soy como el árbol talado que retoño, aún tengo la vida”. Estar aquí disfrutando de esta celebración nos hace renacer. Nos hace felices. Esperamos, realmente de corazón, que a todos ustedes les pase lo mismo.

Esta es una noche de profunda emoción. Y si en la vida profesional nos hemos animado a exponer sin leer, hoy (en esta ocasión, en este querido lugar nuestro Colegio, viendo sus rostros, sintiendo a flor de piel el recuerdo de los que hoy no están –y sin embargo, vaya si están-, sintiendo flotar todos los duendes del Nacional) es altamente riesgoso confiarse a las musas de ocasión. Todo esto como ustedes saben, es una invitación a la emoción más profunda y obliga al sacrificio de la espontaneidad en aras de una mínima coherencia. Se trata de una historia que nos involucra demasiado para hacer gala de pretendida soltura.

En general, suelen hacerse dos discursos por parte de los ex – alumnos: uno correspondiente al turno mañana y otro, al turno tarde. Esta vez no será así. Habrá dos discursos, sí, pero de distinto estilo, no de distinto turno. Siempre trataron de dividirnos. “Divide y reinarás” podría ser una de las tantas frases que reflejen aquel momento. Pero ya no más. La frase “Yo soy de la mañana” o “yo soy de la tarde” debería ser solo la explicación de por qué no pudimos conocernos en aquellos días. No una definición de las personas. Somos todos parte de este Colegio por igual. Ahora estamos unidos y no queremos que nadie ni nada nos separe.

Pero convengamos que es difícil dar un discurso que sea representativo de todos nosotros, intentaremos ser lo mas ecuánimes, tratar de que cada uno de ustedes a pesar

de la obvia imposibilidad de la objetividad e imparcialidad, se reconozca en las primeras experiencias en la visión de nuestra realidad personal y en nuestra relación con el Colegio y con nuestro contexto en general.

Pavada de compromiso es estar aquí ante esta difícilísima platea, cualquiera de nosotros podría estar acá de este lado de esta aula magna. Tanta gente brillante, tanta gente sensible. Quizás el querido Nacho -si la vida no incluyera absurdos incomprensibles que él quizás siga explorando- debería estar en este lugar pronunciando un exquisito discurso .

Cuando nos metimos en la locura de hacer un discurso lo primero que vino a nuestra mente fue una serie de preguntas: ¿Por qué fuimos a las reuniones de la Asociación de ex-alumnos para involucrarnos en la organización de esta celebración? ¿Por qué nos metimos en un foro en Internet para hablar con gente a la cual, en la gran mayoría de los casos, no conocíamos o con la que tan solo habíamos cruzado media palabra en la época estudiantil? ¿Por qué estamos aquí parados delante de Uds. contándoles nuestros pensamientos, nuestros sentimientos? ¿Por qué estamos aquí reunidos?

Demasiados porqués. No es que hayamos tenido una regresión a nuestros 5 años -o quizás sí, pero no parece. Entonces, cuál es la respuesta a tantos porqués. Es que sentimos que todos los aquí presentes tenemos algo en común. Mi hija de 8 años me diría “Papi, obvio, si fueron al mismo Colegio”. Pero no es sólo eso, es algo más profundo.

Volviendo a Nacho, y a la cita con que eligió para pensar el proceso social de crisis y postcrisis de estos años en Argentina, hoy sentimos que *lo sólido se desvanece en el aire*. En medio de la circulación de estos tiempos de dispersión surgen cohesiones; vivimos renovados fenómenos de aglutinamiento absolutamente sorprendentes. Hablamos, de la reconstrucción del entramado que se organizó alguna vez entre nosotros. Estar hoy aquí supone producir, en un medio fluido, conexiones entre puntos que estaban muy lejanos y, a su vez, producir separaciones entre puntos que estaban como soldados.

Claro que algo posee de mágico este Colegio: nos echaron, nos maltrataron, nos desaparecieron. Lo hemos denostado, y sin embargo algo tiene este solar, algo persiste en la continuidad de tantos años: los patios, el aula magna, la biblioteca, los laboratorios, tantos profesores, todos nosotros -que necesitamos volver, que vivimos pensando en esa época y en este lugar, y cada tanto necesitamos regresar para regenerarnos.

Los recuerdos se mezclan en la memoria. Nosotros tenemos los nuestros y cada uno tendrá los suyos. Estamos seguros de que, al decir estas palabras, a más de uno le habrán venido imágenes de aquellos años. Recuerdos alegres, tristes, simpáticos, terribles. Recuerdos, al fin, que son parte de nuestra vida.

Hablando de recuerdos, hoy decimos que Alfredo Genes, Gustavo Giménez de Castro, Nacho Lewcowicz, Alejandro Nogales, Victor Pakula, Martín Pinto, Leda Yuño. Y también Malena Gallardo y Martín Galarza a quienes nos arrancó el horror genocida del terrorismo de Estado. Todos ellos están hoy aquí entre nosotros. No sólo porque están en nuestro corazón, sino también porque, como en su momento publicó *Aristócratas del saber*, “la matemática, en muchos casos, dista de ser exacta porque uno multiplicado por muchos -y hoy somos muchos- es igual a TODOS.”

Cómo no evocar que alguna lotería de Babilonia había determinado nuestras suertes para hacernos devotos de la lógica y de la simetría. Éramos los beneficiarios de los números faustos para construir nuestra propia Juvenilia.

Y eso nos identifica. Somos la única promoción que entró al Colegio por sorteo, y eso nos hace distintos. ¿Hubiéramos pasado por estas aulas si no hubiéramos sido favorecidos por el azar de un bolillero?, ¿es el sorteo lo que verdaderamente nos distingue? Muchos de nosotros, quizás todos, habríamos ingresado de todas formas después de casi un año de prepararnos para hacerlo en distintas academias o por nuestra cuenta. Pero eso no lo sabemos, ni lo sabremos nunca. Sin embargo hay algo que sí sabemos: y es que nuestra promoción ha vivido con crudeza una de las etapas más violentas y oscuras de nuestra historia. Eso nos identifica claramente.

Lamentablemente nos tocó un momento álgido de nuestra historia en un momento álgido de nuestra vida: la adolescencia es un tiempo difícil. Una etapa de cambios, de transición, de movimiento, cambios funcionales, orgánicos, y psíquicos. Un momento de nuestra existencia que se presenta como lo turbulento de un río por cruzar. Una etapa donde los sentimientos fluyen tumultuosos y el enamoramiento está a flor de piel.

Ahí nos tomó por sorpresa uno de los períodos más oscuros de la historia argentina. Y en nuestro despertar sexual, en el comienzo de nuestra independencia respecto de nuestros padres, en la búsqueda de nuestra identidad, nos invadió una terrible represión. Un importante psiquiatra inglés, Winnicott, señala el concepto de “ambiente facilitador” para designar que el desarrollo humano solo puede producirse si cuenta con fuentes de experiencia externas para cada fase. En este sentido, peor no podríamos haber estado. Sin embargo, acá estamos: resistimos, sobrevivimos.

Quisiéramos pedirles un favor: que cierren los ojos y se dejen invadir sin resistencias por el cúmulo de tantos recuerdos. Imaginen estar treinta años atrás -allá por 1974- y vean a un grupo de adolescentes confluír en la meca de la calle Bolívar, en el colegio -colegio, un sustantivo que para nosotros está a prueba de adjetivos.

Somos nosotros, algunos acompañados por nuestros padres, hermanos, familiares. Estamos entrando. Vinimos en el subte, en colectivos más cortos que dan boletos de verdad. Vinimos desde el Oeste, el Sur o desde el Norte, con algunas monedas de pesos ley en los bolsillos y con el temor a lo nuevo, habiendo dejado de ser los *grandes* de tantas escuelas barriales para volver a ser los chicos.

Cómo olvidar lo inmenso que parecía el colegio. Cómo olvidar aquel 4 de marzo de 1974 cuando ingresando el primer día de clases mi vieja me dijo en la entrada: “Primero el pie derecho... Así. Suerte . Entrarás a un lugar que no olvidarás nunca, nunca jamás.”

Un abismo infranqueable parecía separar lo particular de lo universal; a cada uno de nosotros, del Colegio, del todo. Parecía un espacio sin fronteras en el que uno se podía extraviar sintiéndose casi ínfimos o casi absurdos.

Era un tormentoso '74, una democracia jaqueada, un Colegio en el que se respiraba aun aire fresco, un Colegio en donde los alumnos éramos algo dueños aunque fuéramos de la jerarquía más baja del primer año. Un colegio bullicioso, libre, donde cada uno vestía como quería y podía. Un colegio lleno de esperanzas, aunque también de errores y de tragedias. Un colegio en el que había libertad para decir lo que se pensaba. El año de los tres turnos, de la caja de herramientas, del campamento del Centro.

Año de delegados y de asambleas, de adaptación a un mundo nuevo de latines optativos, de matemática moderna, de SUM. Un año de grandes cambios, crecimos -y algunos tuvimos que crecer de golpe. Año de estudio, del primer conocerse, de fiestas, de los primeros enamoramientos.

Cambios políticos en el país: velatorio de ex compañeros, toma del colegio, suspensión de clases y reanudación sobre el final con eximición rebajada a 6,50. Año en que muchos nos dejaron y en el que empezamos a mezclarnos, donde empezaron a mezclarnos.

Segundo año nos encontró con tres divisiones menos y un clima universitario más opresivo. Ya estábamos algo más consolidados en el colegio. Señores y señoritas de 14 años que en muchos casos fumaban, estaban en pareja y tenían más libertades horarias. Septiembre: como preludio del inicio de un período aún mas oscuro, comenzaría la era de la Bestia. Como muestra engañosa de la era triple 6, la eximición bajó ese año a seis.

Ese tercer año empezado tardíamente por el golpe militar del 76 implicaría un nuevo drenaje y mezcla de compañeros. Una vuelta de tuerca a un colegio asfixiantemente regimentado: órdenes, filas, corte de pelo a 2cm del cuello, uniforme gris, despido o maltrato a profesores dignos, despido de celadores humanos, persecución a compañeros. Un manto de mediocridad se cernía sobre el colegio. El lema: empeorar lo malo, para ser peores. Quien no se reconoció años después en la terrible máquina, en los muros asfixiantes, en la claustrofobia alienante de la película *The Wall*.

1976 marcó lo peor: preceptores de los nefastos servicios, armados y una discrecionalidad absoluta por parte de ciertos individuos que se sentían poderosos. Para nosotros son muertos en vida, muertos sociales. No nos gustan.

La represión inundó la Argentina y, el Colegio, por supuesto, no fue ajeno a ella. Es más, era un sitio de cuidado para las nuevas autoridades: demasiada gente pensando toda junta. Lo que implicaba necesariamente que estuvieran muy atentos a cualquier expresión que para ellos se saliera de los moldes establecidos.

En muchos de nosotros aparecieron miedos que no deberíamos haber tenido: miedo a ser sospechado por los vigilantes, a la policía afuera, a una sanción por cualquier motivo, a quedar libre. Miedos que se sumaban a los normales de la edad. Demasiado miedo.

Llevábamos la marca de la culpa para las Bestias: un sino kafkiano, en lugar de la inocencia del devenir, la culpabilidad del devenir. En una inversión trágica de la visión de Heráclito o de Nietzsche: el azar, haber ingresado por azar era la prueba de nuestra culpabilidad.

Todavía hoy sentimos rémoras de la época de *deformar* y *de formar*: formar en las filas, desfilar, marchar, marchar a las fronteras. La marca de estar gobernados por una banda de mediocres para los cuales Platón y el mundo de las ideas era meramente un castigo.

Una ironía: haber descubierto por aquellos años '76 o '77 un capítulo de *Crónicas Marcianas* fechado en 2004 y que hoy releo: "La elección de los nombres" que hablaba de un pueblo en donde se mataba a los hombres, lugares llamados Aldea Eléctrica, un cementerio llamado Colina Bota y una Gran Hoguera en la que se quemaban libros en un año futuro de 1975.

Es que la cultura, el conocimiento no estaba entre las virtudes del régimen, si es que tenía alguna. Y hubiéramos sido distinguidos malamente como una promoción pobre en conocimiento si no hubiera sido por un grupo de docentes que resistió, no

redujo su nivel de enseñanza y de los cuales pudimos aprehender muchísimo. El nivel de exigencia de estudio fue importante y, si bien en aquel momento nos hacía sufrir bastante, hoy lo agradecemos. Aparte de que nos hizo muy llevaderos los primeros años de la Universidad, el conocimiento que nos legó el Buenos Aires es impagable y estamos eternamente agradecidos.

La grandeza histórica del colegio junto a nuestra voluntad de vivir -o al menos sobrevivir- nos llevaron a intentar una forma más normal de la adolescencia. Algunos confrontaron desde la política, otros nos volvimos contestarios desde la risa, el rock, desde el arte, o la literatura, los deportes, el amor. Nos pretendían Aristócratas del Saber, queríamos ser Aristócratas del Vivir. [Cómo obligaba aquel](#) nefasto prefecto que hasta el gris llevaba en su nombre: “tratábamos aunque sea de poder hablar en silencio”.

La alegría eran los días de Campo de Deportes: esas guerras en que las divisiones se cruzaban en batallas amistosas a cara de perro, en Curiacios y Horacios deportivos mientras soñábamos con el rapto de algunas Sabinas que alentaban a nuestros rivales. Recordemos esas batallas que remedaban a nuestros admirados Alonso, Bochini, e incluso a cierta emergente y rulienta estrella surgida de Fiorito. Época gloriosa del rock progresivo –bueno, también de la música disco y obviamente de los temas de rock nacional entonados hasta la disfonía y el amanecer en tantas casas, tantas plazas, campamentos, playas.

Cómo no estremecerse ante el recuerdo del primer rebote, del primer amor... simplemente, ante el recuerdo de tantos de nosotros que significaban, significan y significarán demasiado en nuestras vidas. O cómo no sonreír ante ese delicioso menú , que continuando la tradición de Jacques, de Nielsen y de tanta gente sabia y digna como, Meyer, Turrens, Royo, Fraboschi, Wendt, Moure, y tantos, tantos otros, gracias a quienes tuvimos la oportunidad de acceder a los mundos de los ribosomas, sufrir con las derivadas e integrales, leer a Horacio y Terencio , conocer la existencia de Freud y Jung, penar con las leyes de la termodinámica, los alquenos y alquinos, conocer las pinturas de La Ten, oír a Schubert y Ginastera, conocer el reglamento de voley y futbol, maltratar a la Venus y al barbado Moisés. Recordarán también el aprendizaje de memoria de una Constitución Nacional pisoteada, vigente -según nos decían- salvo en lo establecido por el Estatuto del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional.

Y extrañamente, qué felices fuimos -sin dejar de olvidar hoy el sabor amargo del contexto que contribuyeron a ocultar- con la obtención de los mundiales de fútbol del 78 y del 79. Cuantos de nosotros debemos aceptar haber compartido esa alegría.

Cómo agradecemos a la profesora Meyer, quien -luego de una irritante irrupción del Tito más Gris mientras leíamos el *Quijote*- hizo avanzar raudamente a un compañero hasta el capítulo XIII indicándole una página y un párrafo que nuestro compañero entonces leyó despacio: “¡Oh hideputa, puto!. Lo interrumpió para decirle: “¡Alumno!, ¡lea con alma, vamos!”. Hasta que salió: “¡OH HIDEPUTA, PUTO!”. Y usted, Profesora, siguió leyendo naturalmente al *Quijote*en lo que pareció una indicación al tono: ¡qué bien que lo ha hecho!.

Claro, en el Colegio no se dio -como le decía Sansón a Sancho en el Capítulo II-, que los que gobernaban las ínsulas -como tantos bárbaros supuestamente bachilleres especializados en letras- debieran saber gramática. Y mucho menos sabían qué clase de bien es, o debe ser, la educación

Permítannos una reflexión. La educación es un bien público, esto significa en términos económicos, que puede ser consumida por más de una persona sin que por ello se agote. En otras palabras, todos los habitantes de un país podemos recibir -y diríamos más- debemos recibir educación.

Nuestra promoción como ocurrió por décadas, incluyó un grupo socialmente heterogéneo, era el final de un país inclusivo en el que la educación igualaba oportunidades. Fuimos uno de los últimos vagones de la generación que pudo con esfuerzo tener oportunidades de progreso a través de la educación.

La enseñanza pública ha ido en caída libre en los últimos 25 años. La privatización del servicio educativo ha sido feroz y la escuela pública ha tenido que manejarse con presupuestos exiguos. Nosotros hemos sido alumnos de este Colegio, un colegio público, y es importante entender lo que ello significa:

Que tenemos la responsabilidad social de trascender el individualismo, de entender que la solución de la crisis será una salida colectiva. Desde el lugar en donde

estemos, debemos bregar por una Argentina más justa, donde los chicos puedan formarse en buenos colegios públicos y formarse supone revertir la marginalidad y reconstruir los lazos sociales, requiere de un país que genere trabajo con remuneraciones dignas, y que garantice el acceso colectivo a una salud pública y a la seguridad.

Una Argentina distinta de aquella en la que, con el correr de los años, nos hicimos grandes y éramos cada vez menos.

Llegó otro bolillero inolvidable, pero lamentable: la colimba. La perspectiva del adiós y el pase directo a la Universidad. Un final anticipado de clases por el sucesor de la Bestia muerta, nos privó de una vuelta olímpica programada en conjunto, y los intentos parciales derivaron en represión.

Aún así, festejos y viajes de egresados -con fracturas en una era de fracturas: los años ochenta y nuestros veinte nos encontraron todavía bastante juntos y siguiendo distintas carreras. Luego, en sus finales, nuestros destinos profesionales o íntimos comenzaron a alejarnos.

Con la llegada de la democracia comenzamos a romper la marca de la claustrofobia, a des-aprender para ir perdiendo la claustrofobia -o nuestra fobia a los claustros- y exorcizando de a poco los viejos miedos, la molesta compañía de tantos fantasmas.

La década del 90, nos encontró separados y repartidos por el mundo. En 1999 los veinte años de egresados fueron el primer mojón para un rencuentro poblado de incipientes calvicies y canas masculinas, de señoritas y señoras... no puedo decir otra cosa que, en su plenitud. A partir de ahí los grupos se fueron rearmando. De la mano de un país cada vez más fragmentado, se fueron reuniendo algunos por división, por grupos. Se formó la primera cadena de mails.

De a poco se fueron generando dos grupos: mañana y tarde. El 2004 marcó la unión de los turnos, la creación de un maravilloso, maravilloso, foro -una suerte de división 16

que nos unió nuevamente y que disparó reuniones de toda la promoción con, cada vez, más compañeros.

Señoras y señores, compañeros, amigos: somos sobrevivientes, vivimos épocas extremadamente difíciles en el Colegio y en el país, quedaron muchos amigos en el camino. Luchamos por romper definitivamente lo que quedaba de nuestras claustrofobias. Tratando de ser felices por distintos caminos, pero asumiendo nuestra identidad, nuestra matriz común: el haber pasado por este lugar hace ya tantos años, y que -a pesar del impiadoso Cronos- hoy seamos tan amigos, incluso los que hoy nos vemos y nos conocemos en persona por primera vez.

Tenemos la oportunidad de estar juntos, cada día de nuestras vidas. Tenemos un foro que es nuestro y que nos permite traer hacia nuestra realidad cotidiana y hacia nosotros mismos, ese maravilloso pedazo de cielo que fue nuestra adolescencia a pesar de todo, y nos anima a ponernos -esta vez voluntariamente- polleras, jumpers y pantalones grises para así viéndonos comprender que siguen vivos, en algún momento y en algún lugar, aquellos jóvenes, que treinta años atrás, fueron unidos por un destino del que jamás podremos escapar.

Señoras y Señores de claustrofobia. Hoy el Colegio vuelve a ser nuestro. Estamos vivos, a pesar de todo. Volvimos a estar juntos. Queridos amigos, aún más importante que nuestro pasado, que este hermoso e inigualable presente, es que tenemos futuro. Tenemos mucho para vivir, para amar, para soñar, para sentir y compartir. Es una hermosa realidad: Esas bestias no pudieron. No nos han vencido. Claro que no nos han vencido.